

terminados á mantenerse con solo el puchero, que vulgarmente llaman olla, cediendo á los Hospitales el importe de un ante, y postre, que ministra la Religion á sus Alumnos diariamente en el Refitorio; que viene á ser la mitad de la comida: á que se añaden las frezadas, zaleas, y otras limosnas, que en abundancia repartian el P. Rector, y sus Súbditos por todas partes: obra verdaderamente de una eximia charidad, qual era quitarse el vocado de la voca para beneficiar al necesitado en su extremo peligro.

1763.—1^o de Febrero.

Salen 4^o vez los misioneros de Guanajuato, llevando consigo al Padre Miguel Ortiz, que habia substituido pocos dias antes al V. Pedro Borrote; y misionan en la hacienda de Barras, Irapuato, Parangueo, Valle de Santiago y Salamanca.

1763.—22 de Junio.

Este dia, miércoles, á las once y tres cuartos de la noche, espira el V. siervo de Dios y Apóstol de Guanajuato, P. Rector Ignacio Rafael de Coromina.

Ya en lugar oportuno hemos dado una idea del nacimiento y de los primeros años de este hombre extraordinario; ahora conviene decir algo acerca de los eminentes servicios que prestó á Guanajuato, desde el 28 de Marzo de 1757, en que tomó posesion del rectorado del célebre colegio de esta ciudad.

Su llegada fué un verdadero acontecimiento: ricos y pobres, eclesiásticos y seculares lo recibieron con las mayores demostraciones de afecto, de regocijo y de respeto, y él correspondió consagrándose desde luego, sin omitir fatigas ni desvelos, á procurar empeñosamente el bien espiritual de toda la poblacion.

Las plazas y las calles, los barrios y las montañas, e-



P. IGNACIO RAFAEL DE COROMINA.

APOSTOL DE GUANAJUATO

(Exactamente copiado del que se publicó en la "Carta Consolatoria" en 1764.)

ran el teatro de sus apostólicas tareas; dominaba el púlpito con su palabra tan enérgica como dulce y elocuente; no conocia el cansancio en el confesonario: visitaba á los moribundos aún cuando tuviera que recorrer de uno á otro extremo los ángulos de la extensa Ciudad: era, en fin, todo para todos, despreciando muchas veces su misma vida por acudir al servicio de sus hermanos.

Hé aquí como describe el Sr. Fernandez de Suosa la distribucion de su tiempo. "Fué el carácter del P. Ignacio en todos los seis años, y meses de su rectorado, observar todas las cosas á lo natural; dicho mui barato en su voca: *á lo natural*. Y esta naturalidad, en su concepto, era una bien tupida distribucion religiosa, que tenazmente seguia, no solo en lo particular de su Persona, sino en lo comun de su Colegio. De su persona, en el puntual ejercicio de la vida comun fué puntualísimo, dando por sentado con su exemplo, que el cumplimiento de las distribuciones domésticas, era lo mas perfecto. Su refeccion cotidiana era mui medida: y escaso su sueño, levantándose mui temprano; y muchas veces tocando él mismo la campana á despertar. Todo el tiempo de su madrugada lo daba á la oracion, y un cuarto de hora ordinariamente antes de la Missa primera gastaba en el Confessionario, despachando penitentes. En los dias de concurso, adelantaba media hora este ejercicio, para satisfacer á la muchedumbre de Fieles que lo aguardaba para reconciliarse, y recibir la Sagrada Comunion en la primera Missa, Esta celebraba siempre el P. Rector al toque de la campana, dexando qualquiera concurso por obedecer á Dios, que por el sonido de ésta le hablaba: Llenaba en el altar la media hora, que prescribe la regla de los Sacerdotes, ofreciendo al Eterno Padre con toda devocion el incruento Sacrificio de su Unigénito: despues del qual daba por espacio de otra media hora gracias, y aviendo tomado su ligero desayuno, volvía al palenque de la penitencia; en el qual gastaba largas horas, Restituíase despues á su

T. II.—P. 16.

Aposento, donde continuaba sus tareas revolviendo libros hasta la hora de comer. Asistia al Refitorio, y acabada la refeccion, despues de la honesta recreacion acostumbrada, se retiraba á su cámara otra vez, en la que empleaba el tiempo de la fiesta en rezar devotísimamente lo que le restaba del Officio Divino, para poder á las dos de la tarde adelantar los Maytines, y Laudes del dia siguiente, Continuaba en su retiro todavia leyendo Santos Padres, y Sagrados Intérpretes de la Escritura, hasta que era hora de rezar la Letania de todos los Santos en Comunidad, segun el uso de la Compañía. Seguiase la cena, y la quiete, á que nunca faltaba el P. Rector, aunque le ocurriese embarazo; porque para el Padre no lo avia en tiempo de distribucion. Tomaba despues los puntos para la oracion del dia siguiente, hacía el exámen de conciencia por espacio de un quarto de hora; concluyendo con otra hora de oracion, que terminaba á las emana tres dias, con una rigurosa disciplina.

Esta inviolable distribucion solamente dispensaba el P. Rector por el ministerio de las confesiones para enfermos, que eran muchas: sin que jamas se diera el caso de que dexára de asistir á la mesa, de celebrar la Misa primera, y omitir las distribuciones, en que pudiera ser reparable la falta de su Persona. Tambien la interrumpía por los motivos de la charidad, para responder á consultas, y negocios graves, que manejaba del público; siendo el P. Rector el árbitro de todos: y viniendo á su Tribunal pobres, y ricos, nobles, y plebeyos, á todos miraba el Padre con iguales ojos, empero, segun su natural propencion, aviendo de sentenciar, favorecía las causas de los desamparados, Esta pintura que hé hecho en lo privado del P. Coromina era la que solicitaba, y hallaba en cada uno de sus Súbditos; pues su continuado y vivo exemplo era una exhortacion á cada uno en particular, y á todos en comun: con lo que tenia hecho

su Colegio un florido vergel de virtudes y un claustro, que respiraba edificacion.

A mas de esto, predicaba constantemente la palabra de Dios en la Iglesia Parroquial los domingos por la mañana, y en la tarde en la de S. Roque, donde fundó una escuela dominical: estableció que otros religiosos lo hicieran igualmente en S. Juan (hoy S. Francisco,) Santuario de Guadalupe, Rayas, Cata, etc. habiendo tenido lugar en éstas, algunos acontecimientos extraordinarios; erigió congregaciones de niños para facilitar su esmerada y cristiana educacion: fomentó las misiones de que hemos hablado ya mucho, y hablaremos aún, siendo él, por decirlo así el alma que les daba vida: se consagró con la mas ardiente caridad á aliviar la situacion miserable de los encarcelados, y les daba frecuentemente tandas de ejercicios de que sacaba los mas ópimos frutos; asistía en fin á los sentenciados al último suplicio, con tal esmero que se encargaba de sus alimentos, los acompañaba con singular amor y constancia, los consolaba, los exhortaba á la conformidad, los instruía y no era raro que los hiciera practicar los ejercicios espirituales por ocho dias, á fin de disponerlos con la perfeccion posible para su tránsito á la eternidad.

En las diversas calamidades que hemos ya referido, y que sufrió Guanajuato durante su rectorado, parecen apenas creibles los esfuerzos y trabajos que puso en práctica para aliviarlas, habiendo estado mas de una vez á punto de sacrificar su vida por favorecer á los enfermos y afligidos.

En la ya descrita formidable inundacion de 5 de Julio de 1760, refiere así los servicios del V. Coromina el autor de la "Carta consolatoria."

"Rayando los crepúsculos de la Aurora se les volvió el corazon á su centro á los afligidos Religiosos Bethlemitas, con solo el acuerdo de enviar á decir al P. Ignacio Coromina, cómo se hallaban despues del acaecido trabajo de la inundacion, sumergidos en ella, casi ar-

ruinado su Convento; y en suma consternacion; por lo que le suplicaban, que usando de aquella charidad que era propia de sus paternas entrañas, quisiese venir con un compañero, el que juzgase mas idóneo para ello, á socorrer su desamparo, abrirles senda con su consejo para su sosiego, y consolar sus atribulados espíritus. Fué prontamente el mensaje al Colegio, pero tiempo antes que llegara al oído del Padre la lastimosa noticia que contenia, y casi al principio de tan pavorosa scena, encendió luz, se levantó de la cama, y se puso de rodillas en la mitad de su Aposento, á tener oracion. El Padre que vivía inmediato al Aposento Rectoral, despertó casualmente, y percibiendo un ruido vehemente, puso la atencion, y conoció que su Rector se estaba destrozando las carnes, con una tan cruel como prolongada disciplina. Fué así con efecto, que el P. Ignacio Coromina, con los afectos de su corazon y derramamientos de su sangre, estuvo implorando la Misericordia Divina para Guanajuato, que aquella noche era el objeto de el Divino Enojo; y perseverando en la demanda hasta las tres de la mañana, las que dadas, tocó al Aposento de otro padre, y entró diciéndole; *Bendito sea Dios para siempre en sus juycios! A la hora de esta, Padre mio, muchos destrozos en vidas, y caudales, y quizá en almas, llora esta desconsoladissima Ciudad.* De allí pasó á celebrar el Sacrosanto Sacrificio de la Missa, hallando apenas un altar á propósito para decirla; por que los demás estaban notablemente mojados por las goteras que abrió el continuado golpe de las aguas, que despedian las nubes."

"Estando el P. Rector Coromina todavía en el altar, llegó al Colegio el recaudo del R. P. Prefecto de Bethlen y su Santa Comunidad: recibiólo un Padre, y acabada la Missa, se lo dió al P. Rector; Quien arrasados en lágrymas los ojos, y atravesado de pena su Corazon, luego al punto se desnudó las vestiduras Sagradas, y sin querer desayunarse, partió, mejor diré voló,

llevado de las alas de su Charidad al Convento Bethlemítico, donde lo aguardaban sus afligidos Religiosos, y miserables enfermos. No pudo llegar por el camino comun: por que se avía hecho un caudaloso rio. Tomó el de la Cuesta, que llaman de Sartucho, y entró al Convento por la puerta del Campo Santo; donde encontró al P. Prefecto, y demás Padres, que estaban dando las providencias mas prontas para remediar del modo mejor, que se pudiesse la presente necesidad, Y como quando despues de una obscura tempestad, despejado de nubes el Cielo, muestra su rostro el Sol, y bañando el emispherio con sus rayos, alegra nuestros Corazones; *Reddit post nubila Phæbus*, assí, despues de la passada tormenta, recibieron estos Santos Religiosos al Sol de la charidad P. Ignacio Coromina: quien enjugándoles las lágrymas de sus ojos, con sus amorosas palabras, alegró los ánimos de los afligidos. No pudo el P. Rector entrar al Convento sin ir haciéndose camino por el agua, que le llegaba á la rodilla; y manteniéndose toda la mañana en este, la resulta fué, que penetrándole la humedad hasta los huesos, contraxesse pertinaces edemas en las piernas: los que mortificándole no poco, le acompañaron toda la vida, rebeldes á todo medicamento. Al punto, por medio de su Compañero, y otro Religioso, hizo que vinieran en persona el Señor Justicia Mayor, y el Escribano público, no solamente para que dieran fee, y testimonio jurídico de la casi total ruina del Convento: mas tambien para que providenciase su diligencia estalage en que se alojassen los enfermos; cuyas vidas, aún mas que por sus accidentes, por el desabrigo, estaban en tan grave peligro, que aquella mañana murieron dos, y huvieran muerto más, si prontamente no los huvieran puesto en seguro el arbitrio del P. Rector Coromina, y la eficacia del Señor Alcalde Mayor; quienes determinaron, que se pusiesse la Enfermeria en la Iglesia que llaman de los Indios tarascos, entretanto que no se proporcionaba mas

cómodo alojamiento para los miserables dolientes, Pensar, decir, y hacer fué todo uno, porque determinado el lugar, que avia de suplir por Enfermería, por los vivos ayres se despejó la Iglesia de Altares, bancas, y mesas que la ocupaban; para introducir en ella vigas, tablones, y esteras con que formar camas, teniéndose cuidado de la comodidad, y abrigo. Considere ahora el piadoso Lector, la fatiga, y afanes que costaria al P. Coromina hallar estos menajes, en tiempo tan corto, y tan apretado: pues aún solicitándose con prevención, seria difícil conseguirlos. Pero todo lo venció su amor: *Omnia vincit amor*, más poderoso que el carnal, como que era propio de la charidad que ardía en su pecho.

“Corrida esta diligencia, volvió el Padre al Convento donde ya esperaba copia de sillas de manos, que envió con su compañero á solicitar de las casas principales: las que no tardaron en venir, hasta veinte, enviadas de sus dueños, que quisieron esta vez hacer alarde generoso de su piedad. Puestas todas estas en el pítio de Bethlen, no ay lengua que acierte á explicar el amor y gusto con que el P. Coromina, á par de los demas Religiosos, se tiró á los pobres enfermos para meterlos en las sillas, y mudarlos á la Iglesia de los Tarascos. Levantándolos con sus manos, y cobixándolos bien con sus frezadas, qual otro Eneas á su anciano Padre Anchises, les decia; *Ea hijos, cargaos sobre estos hombros sin temor de que me agobie la pesadez de vuestros cuerpos, ni el trabajo me rinda.*

*Eia age chare Pater cervici imponere nostræ.
Ipse subibo humeris, nec me labor iste gravabit.”*

“Tomándolos pues á cuestras, los sacaba de la Sala en que estaban mal acomodados, los baxaba por la escalera, y los colocaba en las sillas mui abrigados: ya tenia prevenidos para el transporte ocho forzudos Jayanes, que con toda ligereza passaron treinta enfermos á el nuevo

hospital. A otros encomendó los colchones, y demás trastos que les pertenecian, y el P. Ignacio, hallando ocasion de exercer la humildad, conducía en su seguimiento los vasos inmundos, no dedignándose de emplear sus manos en carga tan asquerosa, Desempeñada su charidad con los enfermos, passó á beneficiar á los Religiosos que se hallaban cansados de tantas faenas, estropeados de la mala noche, y traspasados de frio, que en sus mojados hábitos guardaban, A todos los llevó consigo el P. Rector á su Colegio; en donde recibéndolos los demas Padres con los brazos abiertos, les desnudaron los hábitos, que estaban empapados en agua, y entre tanto que éstos se enjugaban, los abrigaron en sus lechos, les ministraron un baño en aguardiente, y vistieron de sus propias ropas. Entre tanto el P. Rector, todo manos para las providencias que se iban ofreciendo, dió la vuelta al reciente Hospital, y sacando de las viviendas inmediatas la gente que las ocupaba para que estuviessen menos indecentes, y pudiessen habitarlas los Religiosos, como sus enfermeros, conduxo Alarifes, cal, y arena, para componerles quanto la precision permitia; y aviéndose despues passado á estas piezas los Religiosos que se hallaron fuertes, para el cuydado de sus enfermos: los que por resulta de lo passado se sintieron quebrados de salud, dispuso el P. Rector, que se mantuviessen en el Colegio hasta tanto que perfectamente convalecidos, pudiessen volver á su ministerio. Lo que no consiguieron hasta los seis meses, y todo este tiempo vivieron como Jesuitas, barajándose con éstos en el Refitorio, aunque en la comida se atendió á su necesidad ministrándoles con religiosa largueza, y charitativa urbanidad, los potajes, si no dignos de tan honrados huéspedes, á lo menos proporcionados á su indisposicion. El P. Capellan fué despachado para que se rehiciera á la Hacienda de campo, que es finca del Convento, quedando el Colegio con el cargo de administrar los Santos Sacramentos á los enfermos, que los neces-

sitaban, auxiliar á los moribundos, y enterrar á los muertos.”

“Las tareas de aquella mañana fueron tupidas, y tan trabajosas, que duraron hasta el medio dia, dexando al P. Rector sumamente rendido: pero aunque en lo ejecutivo cessó el cuydado, mas no en las providencias para lo successivo: porque estas duraron largo tiempo. Proponiale el Padre su gran comprehension un dilatado Mapa de arbitrios para la estabilidad del Convento de Bethlen, y mayor gloria de Dios. Los que estaban en su mano, examinados con atenta especulacion, reducía á la práctica: y los que pendian de las agenas, solicitaba los medios con que se pusiessen en planta. Uno fué la mutacion del arruinado Convento á este sitio que suplía por Convento. Llámase por antíphrasis Hospital de Tarascos, siendo assí que jamás el Hospital dicho huviesse albergado otros enfermos que los que en las presentes circunstancias le introduxo la oficiosa actividad del P. Coromina. Su pensamiento era, que para precaver las invasiones, que con el tiempo amenazan por la inmediacion del rio, al Convento, permaneciendo en su antiguo terreno, se fundase de nuevo en este sitio, y al Hospital imaginado de los Tarascos, se substituyese el de los Padres Bethlemitas, en donde nunca está ociosa la charidad, teniendo en el espacioso distrito de Guanajuato para cebarse, copiosa materia. Para este proyecto dió el Padre muchos pasos, escribió muchas cartas, y no estuvo de Dios que pasasse su idea á la execucion.”

A la inundacion siguió la peste de 1762, cuyos horrores hemos ya referido, copiando al Sr. Fernandez de Suosa; y allí hemos dicho algo de lo que el V. Coromina trabajó en favor de los desgraciados enfermos; pero para dar de ello mas cabal idea, insertaremos íntegro el artículo que con tal motivo escribe el biógrafo del apostólico varon.

“Si el año, dice de setecientos y sesenta, con la i-

nundacion de Guanajuato, tuvo el P. Coromina mucha materia en que emplear su zelo, fué mucho más lo que trabajó el de sesenta y dos en que envió Dios una universal ^{mayor} ~~oro de b~~ ^{ta} ~~ment~~ ^o ~~ta~~ ^o por todo el Reyno, espada que segó ~~ment~~ ^o ~~ta~~ ^o muchas, llenando de cadáveres las casas, y desolando muchos Lugares.”

Mas el querer referir por menor, la prontitud, las fatigas y ansias con que el P. Rector Ignacio Coromina se aplicaba á estos trabajosos ministerios, seria un empeño tan imposible como contar las estrellas del firmamento. Solamente Dios, que en el libro de la vida los tiene escritos, podrá comprehender los passos que dió en su servicio este su fiel Siervo. Yo me contentaré con bosquejar tan heróicos trabajos, poniendo por testigos á los Barrios, Calles, y Plazas de esta Ciudad, á los Cerros mas lexanos, á las cañadas mas ocultas, á las Chozas mas viles, á los Pobres mas desamparados, á las sendas mas escabrosas, edificados todos en sus correrías y admirados de su incansable zelo: pues cuando otros usaban de caballería para algun alivio de su taréa, el P. Coromina, ligero como un Rayo, iba, y venia á pié por todos los Lugares que le demarcó su Apostolado. imprimiendo hermosas huellas en el suelo que pisaba su planta, regando con el sudor de su rostro los peñascos que vencía su fervor, y llenando de suspiros aquellos páramos: cuyos ecos vuelven todavía sus quebradas. No avia para este Apostólico Varon estorbo que le retardara sus empresas, ni el Sol, ni el viento, ni el agua, ni el cansancio, ni la precisa necesidad de alimentar el cuerpo. Salia de su Colegio á todas horas, á la de comer, á la de reposar, á la de dormir, en el mayor bochorno del dia, en lo mas destemplado del tiempo, y en la fuerza de las lluvias, abandonando su salud, y su vida por atender á la eterna de sus Próximos. Como el Padre no era de mármol, y los trabaxos de su empleo eran excessivos, por último llegó á indisponerse su natural temperamento, y por consiguiente á inficionarse